



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 25 de marzo de 2001

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Hoy, 25 de marzo, se celebra la Anunciación del Señor, pero, al coincidir con el IV domingo de Cuaresma, esta fiesta, muy arraigada en la tradición del pueblo de Dios, se traslada a mañana.

Sin embargo, podemos descubrir un nexo significativo entre esta liturgia del "domingo *laetare*", impregnada de misericordia y alegría, y la solemnidad de la Anunciación. En efecto, mientras hoy en cierto modo gustamos anticipadamente la luz y la alegría del misterio pascual, la solemnidad de la Anunciación nos hace remontarnos a la fuente del gozo espiritual, que es la encarnación del Hijo de Dios.

Me vienen a la memoria los intensos momentos de la celebración que el año pasado, precisamente en este día, presidí en Nazaret, en la basílica de la Anunciación. Con profunda emoción me arrodillé en la humilde gruta donde María oyó las palabras del ángel y pronunció su *fiat*, acogiendo plenamente la voluntad de Dios.

2. Hoy queremos dar gracias a Dios de modo especial por el don de la salvación, que Cristo trajo al mundo con su encarnación: "*Et Verbum caro factum est*. El Verbo se hizo carne". De la contemplación de este misterio todos los creyentes pueden sacar nuevas energías espirituales para proclamar y testimoniar incesantemente a Cristo, nuestra única salvación, y servir fielmente al "evangelio de la vida", que él nos confía.

Quiera Dios que frente a la cultura de la muerte y los ataques que, por desgracia, se multiplican contra la vida del hombre, se mantenga siempre firme el compromiso de defenderla en todas sus

fases, desde el primer instante de su concepción hasta su ocaso. Ojalá que la humanidad conozca una nueva *primavera de la vida* en el respeto y en la acogida de todo ser humano, en cuyo rostro resplandece la imagen de Cristo.

Por esta intención oremos, juntamente con María, que es "la palabra viva de consuelo para la Iglesia en su lucha contra la muerte" (*Evangelium vitae*, 105).

Después del Ángelus

Ayer, 24 de marzo, se celebró en Italia la Jornada anual de oración y ayuno por los misioneros mártires. Esta iniciativa, promovida por el movimiento juvenil de las Obras misionales pontificias, invita a las comunidades eclesiales a recordar a los hombres y mujeres que han muerto a causa de su fidelidad a Cristo y al Evangelio. A la multitud, ya numerosa, se añadieron en el año 2000 veintinueve nombres, entre los que figuran cuatro italianos. Que su sacrificio, unido al de Cristo, sea levadura de amor, de justicia y de paz, para que crezca en la historia el reino de Dios.

Saludo también a los miembros de los diversos grupos y movimientos comprometidos activamente contra el aborto y en favor de la vida. Al recordar el día en que María concibió al Niño Jesús, deseo enviar una bendición especial a las mujeres que esperan un hijo y, en particular, a cuantas se encuentran en una situación difícil. A todas les digo: un niño concebido es siempre una invitación a vivir y a esperar.
